

La Sonrisa de las Iguanas



Primera edición en REINO DE CORDELIA, noviembre de 2014

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

© Pablo Sebastián Tirado, 2014

Sobrecubierta: © José María Gallego, 2014

IBIC: FFC
ISBN: 978-84-15973-34-8
Depósito legal: M-30741-2014

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Edición y corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Gráficas Zamart
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La Sonrisa de las Iguanas

Pablo Sebastián Tirado



Índice

La carrera	7
El ingreso	19
La fiesta	27
La reunión	33
El prolapso	45
La mañana del lunes	57
La hipnosis	67
El ascensor	73
El despertar	79
Las iguanas	85
El tubo Guedel	89
<i>Quebrantahuesos</i>	99
Gases	105
El traslado	111
La agresión	119

Reproches	129
La zapatiesta	135
Los preparativos	149
En la azotea	153
La noche	161
La mañana	169
Revuelta mediática	179
Una decisión difícil	187
La declaración oficial	195
Tambores de guerra	205
Tampones de guerra	215
El asalto	223
Arrestos	231
Dos semanas después	239

La carrera

ANTES DE CRUZARSE con aquel loco salvaje, a Elena solo le preocupaban dos cosas: el trabajo que estaba haciendo con varios compañeros de facultad y la cena a la que acudiría esa noche. Sin novio ni apaño que se le pareciera, aceptó de buena gana la cita a ciegas que una amiga le había arreglado con uno de sus muchos primos. Muy alta y delgada, Elena cabía en una talla treinta y cuatro y sus ojos verdes ayudaban a resaltar sus finísimas facciones. Bien podría decirse que lo tenía todo: era guapa, estudiaba Arquitectura técnica en la Universidad de Barcelona, se le daban bien los números y con un ordenador delante se convertía en un genio de la informática. ¿Un defecto? Aunque en varias ocasiones había intentado dejar el tabaco, se fumaba una cajetilla de rubio al día.

Tras la separación de sus padres, decidió permanecer en España, a pesar de que Józef Krankl no dudó en regresar a Polonia después de divorciarse. Para su hija supuso un duro golpe, porque lo adoraba. Sentía auténtica devoción por él y

por todo lo que lo rodeaba, pero Polonia quedaba muy lejos. Los amigos de Elena y el resto de su familia estaban en España, aún no había terminado la carrera y tampoco deseaba enfrentarse al complejo proceso de convalidación de asignaturas que implicaba trasladar la matrícula a una universidad centroeuropea.

Aquella tarde que acababa de pasar trabajando en equipo con sus compañeros en el entorno de lo que un día fue el Fórum de las Culturas, no había podido salir mejor. Una brisa constante mecía las copas de los árboles bajo un cielo completamente despejado que se abría generosamente al sol. A Elena le encantaban aquellas tardes casi otoñales.

Dos chicas, una de Alghesí y la otra de Reus, y otros dos chicos de la capital formaban con ella el grupo de trabajo. Inicialmente, su idea de reunirse en un parque público no fue demasiado bien acogida, pero con el paso de las horas todos le habían felicitado por ello. Debajo de la inmensa morena de grandes hojas verdes, donde habían extendido una manta de *picnic*, lograron crear un ambiente realmente acogedor.

A Elena no le gustaba dejar nada a la azar. Desde el lugar elegido podían verse algunos de los bloques de pisos más altos de la ciudad, junto a los impresionantes edificios públicos proyectados para celebrar un acontecimiento que pasó con más pena que gloria por la vida de los barceloneses. En cuanto dieran por acabada aquella sesión de trabajo, pensaba dar un paseo para gozar con un paisaje urbano que consideraba una genialidad de la arquitectura moderna.

Una vez que se convencieron de estar preparados para causar la mejor impresión posible al profesor titular de una de las asignaturas más hueso de aquel curso, todos resolvie-

ron poner punto final a la reunión. Se había hecho tarde y tenían prisa por salir de allí cuanto antes.

Una hora después de dirigirse sola hacia el mar entre aquella muralla de gigantes de hierro y acero, Elena corría tan rápido como le permitían sus fuerzas sin dar crédito a lo que estaba ocurriendo. La perseguía un tipo enorme, un salvaje que quería atraparla mientras ella intentaba mantener la calma y el ritmo constante de respiración que le diese fuerzas para seguir avanzando. Era consciente de que si no alcanzaba pronto la plaza de Levante y la rambla de Prim estaría perdida.

—¡Putos cigarrillos! —se dijo sin parar de correr—. ¡Putos, putos, putos cigarrillos!

Cuando comenzaron a faltarle las fuerzas comprendió que no podría escapar. Atravesar la explanada frente al auditorio del Fórum antes de que aquel gigantón se le echara encima iba a ser una hazaña imposible. Casi de noche y sin nadie a la vista, no tenía escapatoria. Pero no dejó de correr.

¿Qué quería aquel tipo? ¿Por qué la perseguía? La angustia iba conquistando su pecho mientras no dejaba de preguntarse qué le estaba pasando y por qué. Más aterrada de lo que recordaba haber estado en toda su vida, con el pulso acelerado y la respiración entrecortada, era incapaz de analizar con claridad cuanto acontecía a su alrededor. El miedo la envolvía como una pesada manta de fría oscuridad.

Recibió un fuerte golpe en el costado y cayó de bruces. Un enorme peso le impedía moverse, parecía como si le hubieran arrojado a la espalda un saco de piedras. Creyó que era el final y rompió a llorar. Con la mejilla izquierda aplastada contra el suelo sentía cómo alguien, sentado sobre su espal-

da, intentaba agarrarle las muñecas con una mano mientras con la otra pretendía abrirse paso bajo su falda. El miedo y el asco de Elena consiguieron una reacción casi automática: lanzó un manotazo hacia atrás con todas sus fuerzas y sintió cómo alcanzaba la cara de su agresor. Fue un golpe seco y duro. Debió pillarlo desprevenido, porque soltó la única muñeca que había logrado apresar para llevarse las dos manos a la boca. El manotazo le había partido el labio inferior. Elena logró zafarse del todo y nada más incorporarse pateó la entrepierna de su agresor. Un grito ahogado de dolor certificó el éxito del ataque y ella se detuvo un instante para contemplarlo tirado en el suelo, jadeando como un perro malherido, agarrándose los huevos con ambas manos. Así no parecía tan peligroso. Le escupió en la cara y echó a correr algo aturdida aunque satisfecha por la victoria. La alegría apenas le duró unos segundos, porque otro individuo mucho más ágil se lanzó sobre ella como un rayo. No lo vio venir. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que la perseguían dos personas. Elena volvió a caer al suelo y perdió el conocimiento al golpearse con un banco de hormigón. Antes de desvanecerse le dio tiempo a comprobar que se encontraba a escasos metros del quiosco de prensa de la plaza.

Cuando se despertó, apenas logró mantener abiertos los ojos un par de minutos. Una hiriente luz blanca brillaba sobre su cabeza y un zumbido ganaba intensidad en sus oídos a cada segundo que permanecía despierta. Era incapaz de concentrarse. Alcanzó a ver a sus pies una puerta de doble hoja cerrada, una extraña bolsa oscura que colgaba desde el techo y una sombra alargada a su izquierda que se movía rítmicamente: se acercaba, se detenía y volvía a alejarse.

Creyó oír un sonido grave, profundo, como si alguien hablara al otro lado de la pared. Intentó comprender qué decía aquella voz, pero un nuevo mareo le hizo perder el sentido.

Durante treinta y seis horas permaneció inconsciente en una habitación de La Vall d'Hebron, el hospital más importante de Barcelona. Había sufrido un traumatismo craneoencefálico severo y, al no responder a los primeros auxilios practicados por los médicos del SAMU, hubo de ser intervenida de urgencia.

Entre las nueve y las diez de la mañana del lunes siguiente recobró definitivamente la consciencia.

—¿Mamá?, ¿mamá, eres tú? —preguntó con una voz prácticamente inaudible al ver la figura de una mujer acurrucada en una butaca frente a su cama—. ¿Estás dormida, mamá?

Su madre solo acertó a balbucear algo incoherente mientras se ponía en pie. María Gual, separada de Józef y madre de Elena, había permanecido en aquel sillón durante dos días enteros y únicamente las dos últimas horas había logrado conciliar un sueño del que le estaba costando liberarse. Su cabello negro y largo, enmarañado y grasiento, y sus mejillas pálidas que acentuaban dos marcadas ojeras denotaban su agotamiento.

—¡Elena! ¿Estás bien, cariño? ¿Cómo te encuentras? —preguntó angustiada mientras se sentaba junto a ella y le acariciaba el pelo—. ¡Qué susto me has dado, hija! ¿Cómo estás? ¿Necesitas algo? ¿Quieres que avise a la enfermera?

—¡No, no! De veras, mamá... Estoy bien. Estoy... ¡Ay! —gritó de pronto al sentir una fuerte punzada en la sien—. Bueno... Me duele la cabeza. ¿Puedes conseguirme una aspirina?

Tras su repentino despertar, el mismo equipo médico que la intervino el día que ingresó, la observó detenidamente. Aparentemente, Elena Krankl se recuperaba bien de sus lesiones. Al menos de las físicas. Un sinnfín de preguntas y pruebas para comprobar su estado neurológico y motor y más análisis de sangre y de orina y placas lo certificaban. Cuando la llevaron de nuevo a la habitación, madre e hija se abrazaron durante un buen rato.

—¿Qué ha pasado, mamá? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? He preguntado a los médicos y enfermeras que me cuenten por qué estoy ingresada, pero no quieren responderme. Solo me hacen pruebas, me sacan sangre y me hacen radiografías como si fuera una maldita cobaya. Me han preguntado un millón de sandeces, pero nadie me ha dado ninguna explicación —protestó entre sollozos.

—¡Tranquila, cariño, tranquila! —respondió su madre tratando de mantener la calma—. Ya pasó todo. Ya pasó —insistió mientras reprimía sus propias lágrimas—. Lo importante es que ahora estás bien.

María intentaba calmar a su hija, era su prioridad en aquel momento, a pesar de que estaba destrozada. Tras varios minutos de silencio e incertidumbre, Elena volvió a preguntarle.

—¿Qué me han hecho?

—¡Nada cariño, nada! Solo tienes un par de golpes, eso es todo —respondió apartándose un poco de su hija para recomponerse y arreglarse el pelo.

—¿Un par de golpes? ¿Un par de golpes, dices? ¿Por qué me tratas como a una niña? ¿Qué ha pasado? ¿Me han robado? ¡Dime la verdad! ¡Dios! No recuerdo nada —gritó al tiempo que se tapaba la cara en un claro gesto de desesperación.

Cuando recobró la serenidad miró de nuevo a los ojos de su madre y trató de aclararse—. Recuerdo que estuve preparando un trabajo con unos compañeros de clase y que después me acerqué a... A partir de ahí..., todo está borroso. Alguien me perseguía y me tiró al suelo, pero no sé por qué. Después... Después no recuerdo nada.

Los médicos ya habían advertido a María de que, tras un traumatismo de aquellas características, Elena podría estar un par de días confusa pero, aun así, no entendía que su pequeña no recordara nada de lo que la había sucedido.

—¡Tranquila, cariño! He estado aquí contigo todo el tiempo. Todo está bien —afirmó María—. Nadie ha tocado tus cosas. Ya nos las arreglaremos para salir de esta. No te preocupes. Lo importante ahora es que te recuperes.

—¡No digo aquí, mamá! ¡Qué va a pasarme! —exclamó indignada. Empezaba a cansarse de la condescendencia con que todos la trataban. Incluida su madre—. ¡En la explanada! ¿Qué narices pasó frente al Fórum? Me... ya sabes... ¿me violaron? —se atrevió a preguntar finalmente, con el rostro desencajado. Oírse a sí misma pronunciando esas palabras la perturbó todavía más. La mera idea la aterraba.

Imaginar que un desconocido podía haberla tomado por la fuerza la paralizaba. Le daba pánico. Sentía vergüenza y asco al mismo tiempo. No dejaba de pensar en cómo la mirarían sus amigos y conocidos si se enterasen. Que le hubieran arrebatado algo tan íntimo le daba ganas de gritar de rabia. Desde la pubertad siempre creyó que una de las peores cosas que podían sucederle a una mujer era sufrir una violación. Que alguien pudiera abusar de ella, forzarla, tocarla, penetrarla sin su consentimiento era una pesadilla recurrente.

Su madre se estremeció, negó con el gesto de un modo casi involuntario y dejó ver con nitidez la conmoción que aquella idea le causaba.

María se levantó de la cama y volvió al sillón en el que había pasado tantas horas. Ya no podía ocultar su preocupación. El extraño comportamiento de su hija la martirizaba más que las lesiones que sufría.

—Elena..., ¿de verdad no sabes qué pasó?

—¡No! Ya te lo he dicho. ¿Quieres hacer el favor de contarme de qué va todo esto?

“El amor de una madre a su hijo es siempre incondicional”. Estas palabras que María había oído una y otra vez de boca de la abuela de Elena cobraron sentido pleno en su mente. Cuando empezó la pesadilla no supo qué creer, pero tras contarle todo cuanto sabía, lo entendió. Elena no recordaba nada. Era inocente.

—¡No! ¡No! ¡Qué estupidez! ¿Cómo voy a hacer una cosa así? —preguntó Elena levantando la voz. Las explicaciones de su madre no le parecieron creíbles—. ¿Para qué? ¿Por qué? No tiene ningún sentido que yo... —y antes de acabar la frase rompió a llorar desesperada—. ¿Por qué me hacéis esto? ¿Quién era aquel hombre? ¿Quién era? —gritó.

Elena pasó el resto del día sedada. Los efectos de los tranquilizantes la mantuvieron la mayor parte del tiempo dormida o ensimismada. La conversación con su madre para intentar descubrir por qué se encontraba en aquella situación repercutió en su frágil estado.

A MEDIA TARDE, en el pasillo que daba acceso a los ascensores principales del hospital, María Gual seguía con su particular vía crucis.

—¡Mire, señora! —exclamó uno de los dos inspectores que llevaban el caso—. Su hija ha cometido al menos tres delitos: robo con violencia, resistencia a la autoridad y agresión a un agente de policía. ¡Más le vale decirnos la verdad! ¿No entiende que nosotros somos los únicos que podemos ayudarla? —insistió al ver que la mujer no pensaba colaborar.

—Se lo dije antes y se lo digo ahora —levantó la voz María—: mi hija no sabe nada de ese tema. No recuerda nada. Así que tal vez hayan metido ustedes la pata. Tal vez se confundieron de chica y persiguieron a la que no era. ¿Es que no pueden haberse equivocado ustedes? ¿Eh? —y añadió—: dejen que les advierta una cosa, si le han causado lesiones de gravedad a mi hija...

—¡Escuche, María! —interrumpió el agente más delgado, el mismo que se abalanzó sobre Elena después de que golpeara a su compañero y le escupiera en la cara—. Su hija no es inocente, ¿entiende? Su hija agredió y robó a un turista asiático en las mismísimas puertas del Auditorio del Fórum. Se la reconoce perfectamente en las grabaciones de las cámaras de seguridad. Tenemos la declaración del japonés de las narices reconociendo a su hija. ¡Joder! ¡Yo mismo la perseguí durante más de diez minutos y la vi tirar una cartera y una máquina de fotos a una fuente!

Al ver que su compañero empezaba a perder la paciencia, el policía más corpulento, el que se llevó la peor parte durante la persecución, apoyó una mano sobre su hombro y le tomó el relevo.

—No queremos presionarla más de lo necesario, de verdad, María. Solo queremos ayudar a su hija. Hable con ella, ¿de acuerdo? Dígale que queremos el nombre del perista al que le pasa la mercancía. Este no ha sido su primer robo. Tenemos fundadas sospechas de que se ha visto involucrada en al menos una docena de incidentes parecidos. Su descripción concuerda con la de una ladrona reincidente y muy violenta que frecuenta varios distritos de la ciudad. Tarde o temprano caerá. Usted lo sabe tan bien como yo. Y sería una pena que una chica tan joven y guapa tuviera que pasar los próximos años entre rejas.

“*Touché*”, pensó el inspector.

—¡Déjeme, déjeme ya! Intentaré hablar con ella otra vez —cortó la conversación María cerrando con furia el puño y tapándose la boca como si con ese gesto de rabia evitara mandarlos a la mierda.

—De acuerdo. Llámenos cuando esté dispuesta a hacer una declaración oficial. Estaremos esperando.

Antes de volver a la habitación, María bajó a la cafetería a tomar algo y se sentó ante una mesa desde la que veía la calle. Necesitaba aclararse. Durante un buen rato permaneció ausente, envuelta en sus propios pensamientos. ¿Cómo había llegado a esa situación? ¿Qué había hecho mal para que su hija estuviera metida en semejante lío? No tenía respuestas. ¿Debía avisar a Józef? Sin duda sería mejor que se enterara por ella antes de por una citación judicial; pero no se lo diría hasta que Elena estuviera recuperada. No era cuestión de andar dando malas noticias sin saber cómo iban a transcurrir los acontecimientos.

Su niñita se había metido en un lío muy gordo, y ella tendría que ayudarla a salir, pero ¿cómo? Desde que su marido

se marchó, María intentaba por todos los medios que la ausencia del padre no marcara su día a día y se esforzaba para que Elena viviera despreocupada. Las señales que ella le transmitía la animaban a seguir por ese camino. Madre e hija parecían felices la una con la otra. O eso creía.

Recordó los años en que los tres vivieron juntos, diecisiete años de una vida aparentemente feliz, antes de que su marido se cansara de tanto engaño y decidiera irse. ¿Por qué narices le fue infiel tantas veces? Esa pregunta siempre le rondaba la cabeza cuando algo salía mal. “No tenía ninguna necesidad de follarme a tanto cabrón salido —pensó—. De hecho, ni siquiera disfrutaba cuando me acostaba con ellos”. Sin embargo, no podía parar. Con Józef mantenía una vida sexual estable y monótona, y solo en ocasiones excepcionales recurría a juegos de alto voltaje, pero con tipos a los que no conocía de nada se entregaba desinhibida como un juguete sexual con el que se podía echar la partida más salvaje. Creía firmemente que no había una sola prostituta en toda Cataluña que se hubiera acostado con tantos hombres. Y que no había práctica sexual, por enfermiza que pudiera parecer a ojos profanos, que no hubiera probado al menos en media docena de ocasiones. Sabía que era ninfómana, una ninfómana de primer nivel, y no sabía cómo pararlo.

Ahora, lo que tenía más claro en estos confusos momentos era que no iba a dejar tirada a su hija. Quería saber qué le pasaba por la cabeza, qué la estaba destruyendo. Tal vez sufría alguna enfermedad mental y necesitara ayuda profesional. Buscaría la mejor, pensó.

Un sorbo al café ya helado la devolvió a la realidad. Eran casi las diez de la noche y su hija probablemente llevara des-

pierta un buen rato. Dejó la taza sobre la mesa, se dirigió a las escaleras y subió a pie hasta la tercera planta. Nada más llegar al descansillo vio el alboroto. Un escalofrío la recorrió todo el cuerpo. Varios celadores y enfermeras corrían por el pasillo y un par de agentes de seguridad pedía a gritos paso. Por alguna razón iban hacia la habitación en la que descansaba su hija.

El ingreso

EL CAFÉ YA HUMEABA. El intenso olor que desprendía aquella vieja cafetera italiana era de las pocas cosas que Alejandro Borrás, administrativo en el Instituto Mental Europeo, aún no había aborrecido tras dos años de sellar recetas, aguantar impertinencias a los familiares de los pacientes y archivar documentación.

—¿Lo quieres con leche? —preguntó Paloma, la enfermera de la que estaba encaprichado desde el día en que la conoció.

Paloma Agost no era alta ni baja, más bien hermosa, con pronunciadas formas y algún kilo de más en las caderas. Con treinta y pocos años, ella se reconocía como una mujer de buen ver que siempre que se lo proponía era capaz de desplegar una natural sensualidad que sus compañeros masculinos agradecían. Su media melena ondulada y cobriza y las gafas de color azul que usaba para ver de cerca le conferían un aspecto un tanto alocado. Su indumentaria preferida eran las faldas con las que podía resaltar unas piernas de las que

se sentía muy orgullosa, pero que desaparecían cuando se ponía el uniforme de trabajo, bata incluida, y que le hacía parecer tan asexuada como el resto de sus colegas.

Hacía casi dos años que había puesto fin a su última relación sentimental, y todavía seguía sin ganas de flirtear con treintaeros que, por lo general, consideraba unos completos imbéciles. No es que se cerrara en banda; como cualquiera en su situación añoraba una buena sesión de sexo. Pero prefería de momento no volver a estar en el mercado. Por unas cosas u otras, sus relaciones amorosas siempre habían acabado de forma brusca. En más de una ocasión llegó a pensar que era incapaz de dar a los hombres lo que necesitaban, pero cuando se recuperaba se decía a sí misma que si no eran capaces de ver lo mucho que valía entonces no merecían la pena.

—Solo, gracias. Y tan caliente como el fuego del averno—respondió el administrativo—. Nadie hace el café expreso como tú, Paloma.

Alejandro Borrás había pasado de ser un brillante estudiante de Derecho a convertirse en un tipo mediocre sin apenas recursos y muy pocas ganas de trabajar. Su apenas metro sesenta y cinco centímetros de estatura y unos rasgos demasiado comunes, pelo oscuro y piel morena, unidos a una anodina personalidad le hacían pasar inadvertido para el común de los mortales. Sólo llamaba la atención su afición casi enfermiza por la papiroflexia y el conocimiento de algunos principios básicos de aeronáutica: era capaz de hacer avioncitos de papel que, atrapados por la corriente de aire adecuada, podían volar más de quinientos metros.

Su compañera de desayuno, por el contrario, llevaba un camino totalmente distinto. Entró en la Facultad de Enfermería de

Vic con gran esfuerzo económico y personal, que se vio recompensado con un trabajo en el Instituto Mental Europeo, donde pasó a ser el alma máter de la Unidad de Agudos. Entregada a su trabajo y muy eficiente, era una mujer extremadamente persuasiva cuando se marcaba un objetivo. Suyo fue el mérito de conseguir que la dirección del centro sustituyera las puertas originales de cristal de las habitaciones por unas metálicas, imposibles de romper si cualquier enfermo se lo proponía.

A pesar de sus diferentes formas de entender la vida y el trabajo, Alejandro Borrás y Paloma Agost eran buenos amigos, solo buenos amigos, por mucho que el administrativo intentara que esa amistad fuera a más.

Faltaba poco para las ocho de la mañana cuando las puertas del pabellón de Agudos, donde ingresaban los enfermos mentales cuya recuperación era plausible y relativamente rápida, se abrieron de golpe.

—¡Ingreso urgente! —gritó el celador que tiraba de la camilla—. ¡Ingreso urgente, joder!

Paloma salió corriendo de la zona de descanso mientras Alejandro se escabullía discretamente por la salida de emergencia. A fin de cuentas, su trabajo era otro.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tantas prisas? —le preguntó al tipo que tiraba de la camilla con cara de pocos amigos—. ¿De qué se trata?

—¡Un mal rollo que te cagas! Se llama Pepe Beltrán —respondió—. Y es el hijo de puta más agresivo que he conocido en mi vida.

—¡Joder, está descontrolado! —resopló el compañero que empujaba desde el otro extremo—. Nos lo han traído los *mossos* hace media hora, le hemos metido de todo y aun así mira cómo

está el muy cabrón —señaló mientras el paciente se revolvió en la camilla como un atún capturado en una almadraba.

Los dos celadores trabajaban en el departamento de admisiones. Ellos se encargaban de atender todos los ingresos, los voluntarios y los ordenados por un juez. Si había problemas eran ellos quienes recibían los primeros golpes. Como ocurrió un año antes cuando un indigente se coló para dormir en el hospital haciéndose pasar por interno y acabaron echándolo, pero a los diez minutos regresó con un cúter e intentó rajar a una enfermera. A partir de entonces, la mayoría de los que ingresaban en el centro eran atados con correas a la camilla o a la silla de ruedas.

El caso de Pepe Beltrán era especialmente incómodo. Cuando la policía lo trasladó al hospital, gritaba y babeaba como un perro rabioso. Sus casi dos metros de altura y un peso de más de cien kilos no facilitaban la labor. Unas enormes y espesas cejas le daban un aspecto siniestro que se acentuaba con abundantes pelos que le salían de la nariz y que se entremezclaban con un poblado bigote y una densa barba negra. Si su estado se debía a una enfermedad mental o estaba provocado por las drogas, era algo que no les tocaba decidir a ellos.

Por lo que sabían, aquel animal había apuñalado hasta quince veces a un jubilado en un conocido local de alterne de la ciudad. Hooney Jenny, la más solicitada de las gatitas del Gran Club Tijuana, había decidido coquetear a la vez con un anciano y con Pepe Beltrán.

Tras su detención, fue recluido en los calabozos de comisaría en espera de pasar a disposición judicial. Pero a las cuatro de la madrugada logró reventar la cerradura de su celda y

le atizó una paliza de muerte a un magrebí que dormía la mona en la de al lado. Por suerte para el marroquí, aquella noche los equipos de videovigilancia estaban operativos y los agentes de guardia acudieron rápidamente a detener la bacanal de sangre que Beltrán acababa de desatar. Con las muñecas y los tobillos esposados, lo metieron en una sala de aislamiento y poco antes de las seis, alertados por los gritos, volvieron a bajar. Se había dislocado ambas muñecas y gritaba como un gato destripado. Tendrían que esperar a que llegara el intendente de la mañana para solicitar una orden judicial que les permitiera ingresar a aquel salvaje maníaco en un centro hospitalario.

—¿Cuál es el diagnóstico inicial? —preguntó agitada Paloma—. ¿Dónde está su tablilla? —volvió a solicitar mientras la buscaba—. ¿Dónde está la...?

—¿Qué coño de tablilla? —gritó uno de los celadores—. Tiene las muñecas hechas trizas, se las he intentado curar y el muy cabrón me ha mordido. ¿Es que no me oyes? ¡Me ha mordido!

El celador se mostraba nervioso, consciente de que al paciente todavía no le habían aplicado el protocolo de entrada. Sin análisis de sangre previos que descartaran posibles enfermedades contagiosas, el mordisco recibido podía tener consecuencias para su salud.

—Está bien, te ha mordido y es un cabrón —contemporizó Paloma, mostrando una gran paciencia, en un vano intento por empatizar con su compañero—, pero... ¿sabemos al menos de dónde ha salido?

—Lo ha traído la pasma —dijo el otro celador sin dejar de empujar. Estaba como loco por atarlo de una vez a una cama sólida. No se fiaba de la estabilidad de aquella camilla

y sabía de qué era capaz Beltrán—. No saben qué es lo que tiene, solo que es muy peligroso. Le hemos metido un Traxilium de cien y cuatro *sinoganes* intramusculares. ¡Cuatro! ¡Y mira cómo sigue!

Acercó una mano a la boca del paciente y este se lanzó a morderle con rabia. Por suerte, las correas que lo sujetaban le frenaron.

—¡Ves! ¿Ves qué te decimos?

—¡Está bien! Vamos a meterlo en la habitación del fondo. Pero antes lo incorporaremos un poco para que no se muerda la lengua. No vayamos a tenerla de buena mañana.

EL EDIFICIO en el que se situaba el Instituto Mental Europeo ocupaba una gran extensión en la confluencia de la calle Mejía Lequerica con Travessera de les Corts, junto al Camp Nou. Conocido durante muchos años como La Maternidad, sus puertas habían albergado desde un instituto hasta la Universidad a Distancia.

Cuando la Unión Europea decidió que sería en España, y más concretamente en Barcelona, donde se emplazaría el mayor centro psiquiátrico de referencia del viejo continente, financiado con fondos de I+D+i, las distintas administraciones se lanzaron ávidas sobre el proyecto. El Ayuntamiento, la Generalitat, el Estado..., todos querían un pastel relleno de goloso dinero. Finalmente la Diputación de Barcelona se llevó el gato al agua al poner sobre la mesa la mejor opción: uno de los edificios de La Maternidad.

Sin importar que se incumplían un puñado de normas urbanísticas, el bloque se sometió a una drástica reforma, que aca-

bó convirtiéndolo en una mezcla de estilos, con cuatro alturas clásicas y dos más añadidas, vanguardistas. La fachada de nueva creación, de cristal y azulejo flotante, generó cierta polémica no solo por el contraste con el ladrillo caravista rojizo y centenario de la fachada original, sino porque la empresa constructora compró los materiales a un fabricante italiano, teniendo tan cerca la tierra de la cerámica. El resultado final fue un enorme edificio constructivo de seis plantas, de estética rompedora, que, a pesar de las reticencias de los vecinos por albergar en su barrio un centro mental, consiguió dar más prestigio a la zona. Cafeterías, bares y quioscos de prensa de calles aledañas empezaron a afianzarse con su proximidad. Un nuevo motor, a parte del fútbol, daba vida a la zona entre semana.

El principal obstáculo para que el instituto acabara convirtiéndose en el centro de referencia que se ideó desde Bruselas se originó por problemas administrativos. Al ser la Diputación el organismo que entregó el edificio original, tanto el Gobierno central como la Generalitat catalana reclamaban para sí la administración del centro. Finalmente, se llegó a un acuerdo: la dirección médica la llevaría el Ministerio de Sanidad y la económica y corporativa, la Consejería Catalana de Salud. Dos años después de su apertura, el Instituto Mental Europeo era un avispero de conflictividad laboral y profesional.